



REAL ACADEMIA MATRITENSE
DE HERÁLDICA Y GENEALOGÍA

DESEO, DIFICULTAD Y POSIBILIDADES DE ACCEDER A UNA GENEALOGÍA FAMILIAR

Discurso leído el día 27 de Enero de 1993, en el
acto de su recepción pública en la Academia, del

Ilmo. Sr. Don BERNARDO DE UNGRIA Y GOIBURU

Académico de Número de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía

y contestación del

Exmo. Sr. Don JUAN VAN - HALEN Y ACEDO

Académico de Número de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía

Senador del Reino

MADRID - MCMXCIII

© 1992, Bernardo de Ungría y Goiburu y
Juan Van-Halen y Acedo
ISBN: 84-86568-48-X
Depósito Legal: M-354-1993
Fotocomposición: Dayenu Dyseño, S.L.
Imprime: Dincolor
Impreso en España
Printed in Spain



ESCUDO DE LA REAL ACADEMIA MATRITENSE DE HERÁLDICA Y GENEALOGÍA

Aludiendo al carácter matritense de esta Academia, el escudo ostenta el clásico dibujo del oso y el madroño, que compone el escudo de Madrid, estilizada la silueta del árbol para convertirlo en un árbol genealógico, con círculos para contener nombres familiares. Completa el dibujo el escudo del Cuerpo de Caballeros Hijosdalgo de la Nobleza de Madrid. Coronando el conjunto, puede verse la Corona Real, aludiendo al título de Real Academia que tiene concedido por S.M. el Rey. Una reproducción de este escudo, constituye la medalla, que pendiente del cuello, con cordón rojo-blanco, portan los Srs. Académicos en las sesiones de la Academia y actos representativos.

**DESEO, DIFICULTAD Y POSIBILIDADES DE
ACCEDER A UNA GENEALOGIA FAMILIAR**

BERNARDO DE UNGRIA Y GOIBURU
Marqués de Montefalcón
Académico de Número



REAL ACADEMIA MATRITENSE
DE HERÁLDICA Y GENEALOGÍA

DESEO, DIFICULTAD Y POSIBILIDADES DE ACCEDER A UNA GENEALOGIA FAMILIAR

Discurso leído el día 27 de Enero de 1993, en el
acto de su recepción pública en la Academia, del

Ilmo. Sr. Don BERNARDO DE UNGRIA Y GOIBURU
Académico de Número de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía

y contestación del

Exmo. Sr. Don JUAN VAN - HALEN Y ACEDO
Académico de Número de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía

Senador del Reino

MADRID - MCMXCIII



Fotografía del autor de estas páginas
Ilmo. Sr. DON BERNARDO DE UNGRIA Y GOIBURU
Académico de Número de la Real Academia Matritense de
Heráldica y Genealogía, portando la insignia de la Medalla
Académica descrita en la página tres.

DISCURSO DEL

**Ilmo. Sr. Don BERNARDO DE UNGRIA Y
GOIBURU
Marqués de Montefalcón**

Señor Director, Señores Académicos, Señoras y Señores:

Se me antoja deducir que es habitual en estos casos, consumir los primeros minutos de la intervención del conferenciante en una cuasi obligada exposición de su falta de méritos para merecer el honor de leer su discurso. Por evidente en este caso, no es preciso insistir en ello, ni esta obligada sencillez debe consumir el espacio concedido para exponer algún concepto que se presume de interés. Así pues, gracias a todos por darme la oportunidad de leer estas cuartillas.

Gracias también a los Señores Académicos, que me han honrado con la distinción de situarme entre ellos, ocupando un simbólico sillón en esta Academia que, lejos de servirme de poltrona, me ha de estimular para hacerme acreedor al honor de ocuparlo con toda

la dignidad que merece, y la actividad y eficacia que será preciso acreditar.

Como tantas veces ocurre, cuando se ve uno inmerso en determinados temas, cabe preguntarse a qué obedece tal circunstancia, y ante la fácil explicación de que es inmerecida, de que nunca se había pensado en ella, y otros argumentos parecidos, lo cierto es que siempre, o casi siempre, aparece, aunque remota, alguna explicación que lo justifique.

En el caso presente, al tratar de explicarme a mí mismo la razón de por qué me encuentro en estos momentos ante vosotros, tengo la inmodestia de recordar, que hace muchos años, muchísimos años ya, siendo todavía colegial, trabajé árdamente para recomponer un árbol genealógico de los Reyes de España, con los pocos datos que tenía entonces a mi alcance, seguido de otro relativo a los monarcas franceses, y algunos más que ya casi no recuerdo, para terminar componiendo el árbol de mi propia familia. Complicado empeño, porque gracias a Dios, sus miembros somos y hemos sido muchísimos.

La unión del pasado con el presente produce siempre un goce especial, más aún cuando el paso de los años puede estimarse como progresivo y feliz.

La Heráldica, –los escudos heráldicos más bien– tan cercana en muchos conceptos a la Genealogía, es

a veces mutable en su representación conceptual o gráfica, por cambios o añadidos, (las llamadas armas de agregación), pero la Genealogía es más estable, referida, claro está, a tiempos pasados. De ahí su especial atractivo histórico, el encanto y la intriga de su estudio, como de algo que está ahí, sin cambiar, esperando que alguien realice su hallazgo y muestre su historia a la luz actual.

Y sin más preámbulos, en el tiempo en que he sido advertido para ello, paso a leer estas breves notas referidas al enunciado del pequeño trabajo que sigue y que conforma mi Discurso de ingreso en esta docta Corporación que tanto me honra.

Señores:

Parte principalísima de toda cosa es el principio, y hasta se ha podido decir justamente que quien algo empieza, ya tiene hecho la mitad del trabajo. En realidad, haríamos más cosas si aceptásemos que son muchas menos las imposibles. Tal vez lo difícil sea concretar y sintetizar los conceptos, y por ello no es infrecuente que se escriban textos demasiado largos, por falta de tiempo para hacerlos más cortos...

El deseo de saber, incluso el ansia de saber, viene de antiguo, y tal vez es tan antiguo como el hombre, en mayor o menor medida, y enfocado en una u otra dirección.

Todos, al menos todos los estudiosos, o simplemente los curiosos del saber, buscamos, investigamos, y cuando hallamos algo de lo buscado, lo anotamos para no olvidarlo, gozosos de haber profundizado en un conocimiento que nos atraía.

Si los arqueólogos buscan, y encuentran, a través de increíbles rastros del pasado, para reconstruir algo que fué, y llegar a averiguar cómo fué, lo mismo hacen los historiadores, los lingüistas, los paleontólogos y tantos más, que en general podrían reunirse dentro de la meritoria consideración general de investigadores.

El sólo hecho de querer averiguar, a través de la dedicación del trabajo, aquello que el pasado guarda, y que a veces oculta con especial celo, es meritorio y a la vez interesante. Apasionante, la mayoría de las veces.

Entre estos investigadores se encuentran los genealogistas. Son aquellos a quienes no basta con saber quienes son ellos o cual es su nombre, sino que quieren saber algo más, mucho más, y del modo más completo posible. Quieren saber quienes eran y cómo eran sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y los familiares de éstos, en tanta mayor medida y extensión, en el tiempo y en el concepto, como puedan profundizar en la investigación para llegar a su conocimiento. Y cada logro en este sentido, les llena de gozo y emoción, porque han robado al pasado un dato, un nombre o una fecha que pertenece a la familia investigada, tal vez a su propia familia.

Y a través de este conocimiento, que al mérito de tenerlo se le une el de haber sido su investigador, su

clasificador, se tiene la oportunidad de rendir culto a un antepasado, deseo atávico de todo pueblo de bien, de toda gente de bien, antiguos o modernos. De ahí el noble deseo de incrementar el número de los parientes conocidos, de las personas a quienes rendir el culto del recuerdo, de la admiración y tal vez del agradecimiento, siquiera sea por habernos precedido en el tiempo, dejando la semilla que nos ha permitido ser. Ellos se fueron ya con la mayoría, pero es sentimiento nobilísimo recordarlos y rendirles culto, reviviendo su memoria. Por eso y para eso es necesario conocerlos, y de este menester se ocupa el genealogista, al apartar la losa que cubre su olvido y acercarlos al presente, aunque sólo sea en forma incorpórea, de simple recuerdo en la mente de los que les han sucedido. Es, en definitiva, un homenaje al pretérito.

Y cuando ya se tiene el dato de la persona que fué, surge inmediatamente el deseo de saber cómo fué, qué hizo, por qué hazañas se le conoció. Y comienza la investigación de sus actos, de sus títulos y merecimientos, de la herencia de nobleza que legó a sus sucesores.

La vida es un libro del que, quien no ha visto más que su patria, no ha leído más que una sólo página. Así podría decirse de quien, no conociendo de su familia más que a quienes le han rodeado en vida, no ha gozado más que de la última página del libro familiar.

Ya en 1854, decía Francisco Piferrer que la ciencia heráldica y la genealogía, no son ciencias vanas, superfluas y pueriles, sino útiles y agradables, fundadas en la justicia y la equidad, cuyo estudio es sumamente ventajoso a todas las clases de la sociedad. Siglo y medio después, puede sostenerse como actual el mismo concepto.

Pero tales estudios le acercan a uno al peligro de considerar, que la importancia de sus antepasados, si la tuvieron, es la propia importancia del investigador, y puede olvidar que, como suele decirse, el hombre que sólo tiene a sus antepasados para glorificarse, es como un tubérculo, que lo único que tiene de bueno está bajo tierra. Pero esto sólo es válido cuando no se tiene otro mérito, ni nada glorioso o singular a título personal. Y si es un investigador, por supuesto que ya tiene algo importante en su haber.

Queda sucintamente apuntado, el por qué del deseo de entrar en el conocimiento de las personas que integraron el grupo familiar del investigador. Siguiendo el orden del enunciado de estas cuartillas, apuntaré algunas de las dificultades que ocasiona el recopilar datos, desentrañarlos, investigarlos y ordenarlos, para que, finalmente, aparezcan todos formando ese gran cuadro sinóptico que hemos dado en llamar árbol genealógico, haciendo alusión al tronco familiar y a las

ramas secundarias que forman el gran conjunto, hasta donde se haya sido capaz de llegar, reuniendo todos los datos posibles. Grande o chico, tiene su mérito y su gracia, y unido a la satisfacción personal de haberlo hecho, permite en cualquier caso al investigador de su propia familia exclamar: ¡Mi vaso es pequeño, pero bebo de mi vaso!

Debe advertirse que el empeño entraña ciertos riesgos, pues no es infrecuente el caso del entusiasta que comienza a investigar, y nada más traspasar el nivel de los primeros parientes conocidos o recordados familiarmente, se encuentra con algún pirata navegante, o incluso con algún ahorcado por sus culpas. Ello constituye comprensiblemente una puerta al desaliento, pero a menudo es cuestión de cerrar esa rama familiar y seguir por otra con más probabilidades. Hay que ser tolerantes con nuestros antepasados. (Personalmente, si mis amigos son tuertos, los miro de perfil).

Aunque cabría un inciso que tal vez en parte contradice lo dicho anteriormente: según recoge Tellez de Meneses, pocos son los que hoy no descienden de un hidalgo. Fidalgo es aquel hijo o descendiente de quien hizo algo extraordinario, por lo que mereció el reconocimiento de la sociedad. Fué “hijo de algo” no sólo él, sino también sus descendientes, a los que con su sangre traspasó su virtud. Y recuerda Tellez de Meneses que estos han de merecerse esta herencia, haciendo de la genealogía una ciencia viva, humana y

próxima. Después de ocho siglos de guerras contra moros, siempre encontraremos al soldado, al cristiano viejo, al hidalgo, en una palabra, que nos exige desde el fondo de nuestras más profundas raíces, las tres cualidades que pedía Ojalora para el noble: LEALTAD en el corazón, VERDAD en la boca, y FIDELIDAD en la acción.

Obedientes a esta trilogía, también puede asegurarse que quien se enfrenta a la tarea de investigar, encontrará dificultades tan normales y frecuentes, como la falta de anotaciones registrales, tanto en el Registro Civil como en los Archivos Parroquiales, cuando se buscan actas de matrimonios o antecedentes bautismales. Si a ello se añade que muchas parroquias fueron incendiadas durante las guerras civiles, desgraciadamente tan frecuentes en España durante los dos últimos siglos, y que fueron muchos los archivos saqueados y destruidos en la guerra de la Independencia, se comprende que la investigación en España, tropieza con dificultades que pueden hacer necesario un mayor esfuerzo. Pero al final se consigue, y se goza de la obra hecha. De la *“obra bien hecha”*, que diría Eugenio D’Ors.

Hay que estar preparados para otro tipo de dificultades que se presentan, y son los frecuentes cambios de apellidos que se producen en el seno de la misma familia, de tal modo que un Fernán aparece como hermano de un Hernán o un Hernández, y

modificaciones similares. También se encuentran cambios debidos a quien, a modo de los árabes, ha añadido a su apellido el lugar de origen, y con el tiempo se incorpora como apellido propio, incluso abandonando el original. Pero son la misma familia y hay que deducirlo y confirmarlo. En cambio, estos casos a veces ayudan al investigador, ya que le permiten conocer el lugar de origen de las familias estudiadas y puede por ellos encontrar otro cauce para su búsqueda. No menos complicadas resultan las investigaciones sobre apellidos extranjeros que se han castellanizado. Nuestro compañero Don Conrado García de la Pedrosa, en su contestación a un discurso académico, recordaba haberse encontrado un “Guevara” que en realidad descendía de un señor “Guevaert”, guardia walón que de un plumazo, había convertido su linaje flamenco en otro de origen navarro.

La cuestión es que reunidos todos los datos que se han podido recopilar, se presenta un problema de orden gráfico, que a veces hace temblar al genealogista: armar el árbol genealógico. En ocasiones, los cruces familiares, las bodas entre primos, los dobles o triples matrimonios de la misma persona, las diferentes líneas familiares que se entroncan, o el gran número de hijos que aparecen en una generación determinada, dan al traste con cualquier planteamiento gráfico sencillo de los miembros de una familia. Pero también se resuelve este problema abandonando ramas colaterales, no

principales, o confeccionando árboles parciales separados, que sólo se consultan en casos de especial interés. Todo, menos perder el trabajo ya hecho de recopilar y clasificar a un grupo familiar determinado, cuyo estudio se ha completado con gran esfuerzo. Esfuerzo que es meritorio en sí mismo y que nos ennoblece, sean cuales fueren los antepasados que se estudian.

Pero estas dificultades y aún otras, se superan con tesón, y no es difícil encontrar imprevisibles pasillos hacia el pasado, que nos permiten unir periodos familiares aislados, o profundizar hacia generaciones anteriores, tal vez ya remotas, y por ello, meritorias en su hallazgo, para el trabajo que se está efectuando.

Tiene gran importancia para el propósito, el apellido que se investiga. En efecto, no es igual seguir una línea familiar de un apellido de uso frecuente, que de otro más inusual y exclusivo, pues en el primer caso se siguen frecuentemente líneas generacionales que conducen a antecedentes ajenos a la familia que se estudia, lo que obliga a abandonar y volver a empezar en otra dirección, sin garantía final a veces, de encontrar los antecedentes realmente buscados.

Si por el contrario, el apellido tiene un carácter menos frecuente, parte de estos riesgos o dificultades se eliminan, y el problema se limita a profundizar en el

tiempo y en las generaciones, pero es menos probable tener que rectificar las líneas generacionales halladas.

No quiere esto decir que sólo los apellidos considerados como ilustres sean los únicos posibles objeto de investigación, pero sí facilita el que sean familias conocidas. Los apellidos hay que honrarlos y no hay que olvidar que en el caso de linajes conocidos, en lugar de enaltecer, rebajan a quienes no saben llevarlos con la debida honra.

En el segundo caso, cuando se trata de apellidos más originales, incluso se encuentran facilidades en su estudio, pues persiguiendo un apellido poco frecuente, se forman bloques separados de miembros de la familia, y el trabajo consiste luego en unirlos, como si se tratase de un gran puzzle familiar.

¿Cómo conseguir estas uniones?. La práctica descubre múltiples circunstancias y posibilidades: en tiempos remotos, cuando las comunicaciones y los medios de transporte eran escasos o lentos, resultaba poco frecuente que las familias cambiasen de asiento, y por ello suele localizárselas en los mismos lugares. Si, por el contrario, el éxodo es más notorio, aparece reflejado en las crónicas del lugar, o en los libros de los estudiosos o eruditos de la localidad, mucho más numerosos de lo que pudiera sospecharse. En efecto, cada más o menos tiempo, aparece un enamorado de su ciudad natal, que recopila y publica las historias de

su región, aludiendo a las familias importantes, a los enlaces matrimoniales y a los éxodos totales o parciales de sus habitantes principales indicando dónde y por qué causas se trasladaron. Hay que seguirlos hasta allí, si se trata de familias investigadas, y dejar reflejo de las uniones de parentesco con los que quedaron en las tierras de origen.

Tampoco faltan casos en los que alguna familia amiga, o notable por ser de apellido ilustre, le brinda a uno un epítome de su propio árbol o historial genealógico, entroncado por alguna causa, o razón de antiguo parentesco, con el investigado. Todo ello va uniendo piezas del puzle apuntado, y cada vez los espacios vacíos van siendo menores y mayores los grupos familiares que se van completando.

¿Y qué decir de los famosos “*más ancianos de la localidad*”? Su memoria, por lo que afecta a cuanto oyeron decir a sus mayores, es increíble. Quizá la falta de acontecimientos o novedades en las pequeñas ciudades antiguas, facilite esta retención oral de las noticias, a veces verdaderos chismorreos de vecindad, pero que ilustran al investigador acerca de muchos datos que no aparecen en los escritos más rigurosos que se tienen al alcance de la mano.

Aunque nada más lejos del propósito de estas líneas que plantear una lección magistral acerca de

todo lo que podría escribirse sobre el tema, sí puede ser oportuno intercalar algunos breves conceptos históricos que pueden dar idea de la importancia que diferentes pueblos, culturas y civilizaciones, han dado desde tiempo inmemorial a esta importantísima rama de la Historia, que es la genealogía.

Prueba de lo expuesto, es que ya en el Antiguo Testamento, el Génesis nos ofrece ejemplos de diversas genealogías: los hijos de Noé, la familia de Sem y de Abraham, o los antepasados de Moisés.

Los evangelistas nos han trasladado la genealogía de Jesús, descendiente de David.

También en la antigua Grecia y posteriormente durante el predominio del Imperio Romano, se utilizó esta costumbre de recordar y ordenar por generaciones y parentescos a los miembros de las familias importantes de los Imperios, y no faltan ejemplos de familias que llevaron con tanto “entusiasmo” el estudio de sus antecedentes, que llegaban a entroncarse familiarmente con los mismos dioses del Olimpo.

Antes aún, en el viejo Egipto, se prodigaba el arte de la representación de los árboles genealógicos, y aún hoy, nos quedan muestras maravillosas de algunos, como el tallado en piedra en el gran templo de Karnak, adoptando ya la forma rameada que pasó a convertirse en clásica, y se ha repetido en los relieves murales de

muchas catedrales francesas y alemanas de la Edad Media.

Era el deseo de dejar constancia venidera de los grados de parentesco existentes entre las familias y los personajes ilustres de cada época. En los tiempos de uso e influencia del latín como idioma de la cultura, se llamó al árbol genealógico, "*arbor consanguinitatis*", es decir, árbol de la familia de sangre.

Alemania y Francia incluyeron en sus usos y costumbres los estudios genealógicos, y de allí se extendieron por toda Europa hasta la actualidad. Comenzaron a sistematizarse los estudios genealógicos en el S. XV, dando reglas y normas para la confección de los árboles genealógicos, también llamados de costado, aludiendo a sus ramas laterales, si bien es cierto que también se conservan de esta época algunos ejemplos de genealogías en los que se aprecia, más que el rigor histórico de los datos reflejados, la vanidad de los personajes citados y el deseo de algunos genealogistas de adular a sus clientes. En realidad, hasta el S. XVI, con los trabajos de Guilliman no tomaron carácter objetivo y científico los estudios de genealogía.

Conviene recordar aquí que la metodología moderna nos ayuda extraordinariamente a discernir lo verdadero de lo falso. Hoy es evidente que esas genealogías que se remontan a los tiempos más lejanos,

emparentando a humildes hidalgos montañeses con exóticos reyes de Albania, son producto de la fantasía de algunos Reyes de Armas decimonónicos que alimentaban la vanidad de la burguesía, reflejada en los más variados blasones, tan empachados de gules y plata, de oros y sinoples, que se diría que son más un anuncio de la última película de ciencia-ficción, que un escudo cabal de nuestra más genuina tradición.

Hemos pasado por el triple concepto del deseo, las dificultades y las posibilidades de confeccionar un árbol genealógico, pero no sería justo dejar de detenerse, al menos brevemente, en el concepto final, que es el goce y disfrute de la obra realizada.

La laboriosa investigación a que obliga la búsqueda de datos para confeccionar el árbol, llega a sumir al investigador en un cúmulo de libros, archivos, y textos de todas clases, a la par que le lleva a pueblos y ciudades distintos, todo lo cual, poco a poco, le apasiona, y se convierte en un verdadero hobby, captando la afición del investigador, desde el momento mismo en que empieza a encontrar y averiguar datos que normalmente están ocultos o enterrados para el común de los ciudadanos sin curiosidad genealógica. Esos Archivos de Indias o de Simancas, maravillas de almacenamiento de datos tan remotos que a veces no se atreve uno a solicitar, por lo improbables; esos

archivos y bibliotecas parroquiales, con frecuencia maravillosamente ordenados; la Biblioteca Nacional de Madrid, las bibliotecas provinciales y locales, y tantos otros lugares de búsqueda y estudio, colocan al investigador en una situación de privilegio, con acceso a todo lo que quisiera saber, lo que le apasionaría haber vivido y haber presenciado directamente en la época y el momento.

No hay que olvidar, que para encontrar un dato o una fecha que incorporar al árbol genealógico que se pretende, es preciso leer, estudiar y asimilar cientos de textos, que útiles o no para el caso que se persigue, provocan la curiosidad y el interés del investigador, añadiendo a su acervo cultural, un conocimiento raras veces obtenido a través de los textos que pudiéramos llamar habituales.

Así gozando, se llega a la confección del anhelado árbol genealógico, y se obtiene la sensación de que alguien le ha presentado a uno una multitud de personas interesantes, queridas, con las que se tiene una relación evidente, y esa relación de sangre, parentesco o interés, está allí reflejada, en su época y en su entorno, y cuanto más se examina este plano de la familia, más se desea ampliarlo, tanto por el periodo que abarca en el tiempo, como por los datos históricos de sus personajes. Aparecerán honores, batallas, glorias y títulos nobiliarios, con los que el Señor de la época premió el esfuerzo de alguien que llevó tu propia sangre, y que en

algunos conceptos al menos, actuó como tú, porque acaso pensó y reaccionó como tú lo hubieras hecho.

De ahí el legítimo orgullo del que conserva el Título que le legó su antepasado, tanto mayor cuanto más firme sea el propósito de conservarlo con honor. Ciertamente hay quien se muestra indiferente acerca de quien “*fué*” su abuelo y sólo le importa lo que “*será*”, el nieto de este abuelo, pero ¿por qué no abarcar ambos conceptos?. Todo es posible, aunque resulta claro que de lo que se trata, es de poder decir “soy” y no solamente “mi padre era”.

Estos criterios se acrecientan con el estudio genealógico, pues la genealogía es sin duda un trabajo creador, y como tal, como decían los romanos, uno de los pocos placeres divinos que los dioses permiten al hombre.

Quedan las medallas, las condecoraciones y los honores, y todo ello debe afectar al que los hereda, mucho más que un simple objeto de valor exclusivamente económico.

Nombres, títulos, escudos y blasones, darán al árbol genealógico una riqueza, no solo histórica y sentimental, sino también gráfica y estética, y a buen seguro será algo codiciado y querido por los que nos han de seguir. De todo ello es lícito estar orgullosos, pues tiene un contenido tan real y reconocido que

puede ocupar una vida, tanto interior como exterior. Ocupación, por otra parte, indispensable para sentirse completo, pleno y feliz. Sin duda, el hombre que sólo está lleno de sí mismo, olvidando lo demás, siempre estará vacío.

Para concluir, acaso sea útil hacer una referencia a nuestros hermanos de origen, a los que se sienten lejos del solar de sus antepasados. Aquellos que emigraron a tierras americanas y ahora se sienten afincados para siempre por allá, pero con la nostalgia y el cariño que les produce saberse españoles de origen.

Todos ellos anhelan disponer de un lazo que les ligue materialmente a la vieja Europa, a su España de origen, para completar el recuerdo que les han transmitido sus mayores de la procedencia de su estirpe, de sus raíces en fin, según palabra y concepto tan en uso actualmente.

Cualquier hacendado americano (y digo hacendado por razones obvias), cualquier Méndez, López o Mendoza, se sentiría feliz disponiendo de un documento importante y representativo que acreditase su origen español: un escudo de su familia, con explicación de sus símbolos y referencias, o simplemente un escudo del pùeblo cuyo nombre recuerda haber oído mencionar a sus mayores como cuna familiar.

Hay quien viene a España desde aquellos lejanos países y se lleva un frasquito lleno de tierra de su ciudad de origen, al mismo tiempo que, sin duda, riega esta tierra que deja, con una lágrima de nostalgia de su pasado.

Tal vez la Academia no debería sentirse ajena a estos sentimientos, y a través de sus especialistas y profesionales de la genealogía y de la heráldica, Reyes de Armas, dibujantes e investigadores, podría conectar con esa gran familia americana, tan abierta a estos sentimientos que nos unen a todos los que participamos en ellos.

Llevar a la práctica esta iniciativa, era lo que el fallecido Académico de la Real Academia de la Lengua, Don Federico García Sanchiz llamaba “españolear”, afortunado verbo de su creación, que con tanta afición cultivaba.

Podrían establecerse relaciones con las distintas Academias de Ultramar, firmarse protocolos de Correspondencia, organizarse Congresos, y lo que sería más importante, procurar el contacto personal con los especialistas de allá, para recoger sus iniciativas, que a buen seguro, harían del pasado año mágico de 1992, un año hacia el futuro de una Hispanidad viva y no retórica, una Hispanidad unida, no solo en la celebración del glorioso pasado, sino en un proyecto ilusionante de una vida en común.

Para conseguirlo son muchos los posibles colaboradores captables. Muchos los que se fueron y mantienen su hidalguía, y si cierto es que, como decía Don Quijote, el andar a caballo hace a algunos caballeros y a otros caballerizos, lógico es que elegiríamos a los primeros en la realización de la gran Academia que soñamos.

Intentarlo es loable, posible también. Nunca empezaríamos nada si quisiéramos garantizar de antemano el éxito de nuestra empresa, pero ya es bastante con empezar proponiéndonoslo. Como decía al comienzo de esta ya demasiado larga lectura, parte principalísima de toda cosa es el principio. Lo repito porque la frase, sencilla pero plena, no es mía, sino de Cervantes, y él sabía lo que decía.

Soy hombre que gusta de la sencillez. Con sencillez he pretendido redactar este discurso de ingreso en nuestra Real Academia, con la misma sencillez con que emprendí, hace algunos años, la aventura de mi propia genealogía, que no os he recitado aquí, por no abusar de vuestra generosidad, ya de sobra demostrada, recibíendome entre vosotros.

Dejo el campo de la erudición genealógica a algunos de mis doctos compañeros de esta Real Academia, que en pasados discursos han dejado buena huella escrita de su capacidad para profundizar en estos temas. Faltan todavía muchos discursos de ingre-

so en nuestra joven Academia, y cuando todos hayan sido leídos, existirá entre ellos el grupo de los eruditos profundos y el de los sencillos y medidos en su longitud, entre los que me encantaría encontrarme.

Mi objetivo declarado era contagiar de aquel estusiamo juvenil al escéptico, al que considera que estas cosas son inútiles, y por tanto obsoletas. En la Genealogía hay aventura y sorpresa, y como el poeta diré, que hay también *“castillos donjonados y mazonados, árboles arrancados, flores talladas, aves perchadas, delfines pasmados, escudos en mantel y cortinados”*, un mundo mágico y fantástico que podemos descubrir y describir con sencillez, como quien sacia su sed de saber en un manantial de agua cristalina mientras escucha el canto de un ruiseñor. Con la misma sencillez que he pretendido para mí, os invito a trabajar.

No olvidemos que el futuro es cada vez más corto, aunque también es cierto que si bien la vida no puede alargarse, sí puede ensancharse, realizando ideas y proyectos, y dejando detrás la obligada estela de las obras realizadas, que distinguen y dignifican en la vida, y luego en el recuerdo, al hombre de bien.

Amigos, no os canso más, pues soy consciente de que por bien que uno escriba o lea, y este no es lógicamente mi caso, cuando se escribe demasiado, siempre se escapa alguna tontería. Así pues, solo os

recuerdo que se considera un maestro excelente al que, aún sin pretender enseñar grandes cosas, hace nacer en quienes le escuchan el afán de aprender. Por mi parte, si alguno de los conceptos expresados, logra despertar en alguien la afición o al menos el interés por la genealogía, habré conseguido mi propósito.

A todos, MUCHAS GRACIAS.

Se ha hecho referencia, en el texto del discurso que antecede, a la evolución de los escudos. Sabido es que el escudo hereditario, es aquel símbolo (generalmente de uso inmemorial en las familias) que representa la nobleza e hidalguía de sangre de su poseedor. Originariamente suele ser concedido por méritos personales, junto con el Título nobiliario con que se favorece a quien por hechos de armas u otros merecimientos, se ha hecho acreedor de él.

Los escudos cambian con el tiempo, generalmente por fusiones familiares, que permiten incorporar a un escudo elementos de otro allegado, o por lo que se conoce como "armas de agregación", es decir, aquellas que se añaden al escudo primitivo como consecuencia de hechos o méritos posteriores.

Citados a modo de ejemplo, se estampan a continuación los gráficos de tres escudos, pertenecientes a la familia del autor, en los que puede seguirse esta línea de cambios e incorporaciones, que son admitidos por la tradición, el uso y el refrendo oficial como distintivos de su poseedor.





Primer escudo que aparece hacia principios del S. XIV correspondiente a la Familia de UNGRIA, según consta en la lápida de la sepultura de D^a. Angelina de Ungería, comentada por Argote de Molina así:

“Y en el sepulcro de doña Angelina fué puesta vna lauda o piedra de piçarra con las armas Reales de Vngría, que son vn León rampante: y en la orla de la piedra la siguiente inscripción, como hoi se lee en la Capilla mayor de la Iglesia de San Juan de Segovia, a donde los sepulcros fueron trasladados, y hoi tienen su patronazgo y entierros, causa de nombrarse esta Familia Contreras de San Juan.

AQVI YACE LA MUY HONRADA
DOÑA ANGELINA DE GRECIA, HIJA
DEL CONDE JUAN, Y NIETA DEL
REY DE VNGRIA, MVJER DE DIEGO
GONÇALEZ DE CONTRERAS

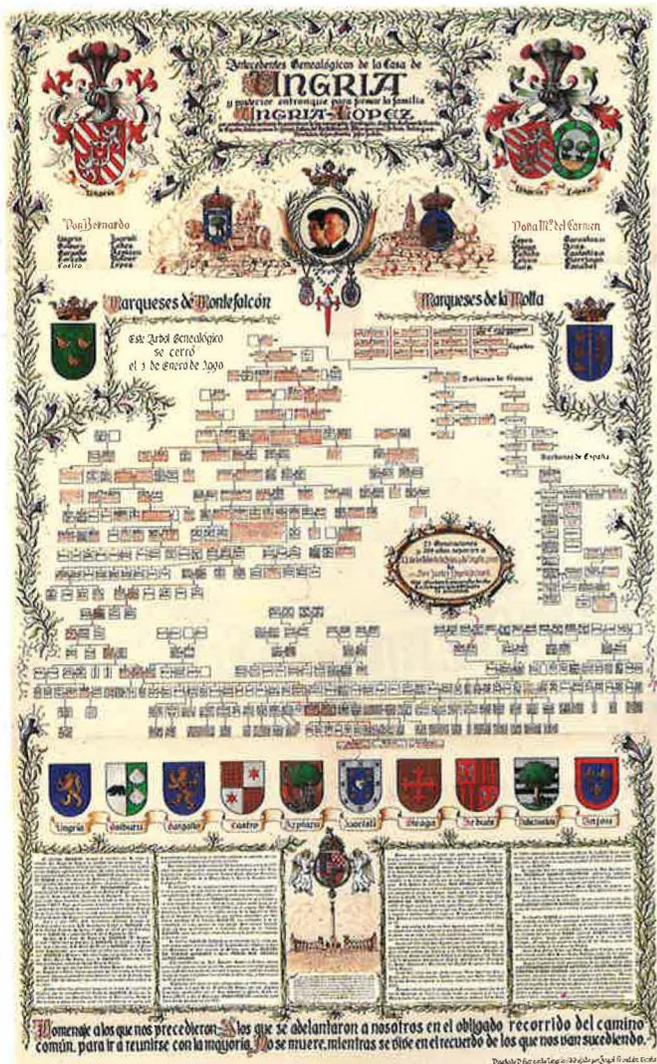


Posteriormente, el escudo familiar, como consecuencia de méritos o recompensas reales posteriores, fué objeto de incorporaciones, de tal manera que, conservando el motivo original del león rampante, se refuerza su gráfico según aparece en varios tratados posteriores, y así en el Diccionario Heráldico y Nobiliario de los Reinos de España, de Fernando González-Doria dice:

“UNGRIA - Armas: Escudo acuartelado: 1º y 4º, en campo de gules, tres bandas de plata, y 2º y 3º, en campo de gules, un león rampante de plata. En abismo, un escusón de plata, con un águila de gules, y un menguante de plata, a la izquierda del jefe del escusón. Otros traen: en campo de azur, un león rampante de oro”.

Nuevamente, por interpretaciones posteriores recientes, el escudo es alterado, incorporándosele algunos atributos correspondientes a la dignidad y hechos familiares de su poseedor, recogidos de los escudos de los Marquesados de Montefalcón y de La Motta que ostenta, y otras circunstancias personales. Este escudo ha sido certificado por el Castilla-León Rey de Armas Don Alfonso Ceballos-Escalera y Gila, Marqués de la Floresta, con Vº. Bº de la Consejería de Presidencia y Administración Territorial de la Junta de Castilla y León para su refrendo y reconocimiento de su Rey de Armas, en Valladolid el 3 de septiembre de 1991. Igualmente tiene el Vº. Bº. de la Subsecretaría del Ministerio de Justicia para certificar la acreditación en este Ministerio del citado Cronista de Armas (Madrid, 19 Septiembre 1991). También está certificado por el Asturias Rey de Armas, Don Manuel María Rodríguez de Maribona y Dávila-Villavicencio con fecha de 1 de Mayo de 1992, con detallada descripción de los motivos gráficos que contiene y el origen de los mismos.





Arbol genealógico de la Casa de UNGRIA perteneciente al autor de estas páginas, reproducido a modo de ejemplo, de cómo pueden ordenarse los diferentes miembros de las sucesivas generaciones que van estudiándose, entroncadas con otras familias que vienen a enriquecer el árbol familiar. En el caso de este ejemplo, se han encontrado entroncamientos, por línea paterna e ininterrumpida, hasta el Emperador Carlomagno (S.VIII).



"Si merece hacerse, hazlo bien"

**CONTESTACION DEL EXMO. SEÑOR
DON JUAN VAN-HALEN Y ACEDO**
Académico de Número de la Real Academia
Matritense de Heráldica y Genealogía
Senador del Reino



El ilustre escritor y Senador del Reino,
Exmo. Sr. Don JUAN VAN-HALEN Y ACEDO,
Académico de Número de esta Corporación, que contestó al
discurso de ingreso en la misma, del autor de las páginas que
antecedan, Ilmo. Sr. Don Bernardo de Ungría y Goiburu.

Señores Académicos:

Me cumple el honor de contestar, en nombre de la Corporación, al Discurso de ingreso de nuestro compañero don Bernardo de Ungría y Goiburu. Se trata de un rito académico que lleva a pronunciar unas palabras de salutación y glosa, dedicadas a quien, por decisión del elenco corporativo, es ya un miembro más de la Real Academia de Heráldica y Genealogía. Debo apresurarme a confesar que agradezco a los compañeros mi designación para este menester, que para mí va mucho más allá de un encargo ritual. Don Bernardo de Ungría y Goiburu es un amigo entrañable que ha movido y mueve mi admiración desde que le conocí.

Escribió el clásico, que *“el tiempo no da para manantial de admiraciones”* y acaso, añadido yo, menos aún el tiempo que nos ha tocado vivir. Sin embargo, el recipiendario de esta tarde *“se deja admirar”* que viene

a ser giro lingüístico parecido al de “*se deja querer*”. O sea, que resulta fácil admirarle. Se unen en Don Bernardo de Ungría y Goiburu cualidades excepcionales de algunas de las cuales me declaro entusiasta.

Por ejemplo, su dedicación al trabajo sin descanso. Toda la vida de nuestro nuevo compañero supone una entrega profesional cuyos frutos ha recogido, para su satisfacción y la de sus amigos y deudos, en importantes triunfos empresariales. En un país que no ha abandonado los ecos del patio de ese diálogo de la picaresca rediviva: “*¿Usted dónde trabaja?*”, “*Yo trabajo en el paro*”, la cualidad del trabajo como camino de la excelencia, de la realización, del servicio a los demás, por el duro y útil procedimiento de crear riqueza para la sociedad, de construir empleo en lugar de destruirlo, me parece admirable.

Otras cualidades reconocidas en don Bernardo de Ungría y Goiburu son la cordialidad, la cortesía, el cultivo de los amigos, la conversación, la generosidad.

Bien sabemos que “*cordial*” nos llega del latín y atiende a los asuntos del corazón. Cordialidad es, y ello queda bien patente en nuestro compañero, bonhomía, buen corazón. La cortesía es un valor en baja. Recuerdo que cuando mi padre me llevó a conocer a don Pío Baroja en su casa de la calle de Ruiz de Alarcón, en mis lejanísimos doce años de edad, y pocos meses antes de la muerte del autor del Zalacaín, éste acababa de

publicar su último libro, poco conocido, que tituló “*La decadencia de la cortesía*”. Debemos reconocer hoy, casi cuatro décadas cumplidas después, que la cortesía se encuentra bajo mínimos. Ser cortés en nuestro atribulado mundo de urgencias y ordinariíces sin cuento, es una virtud encomiable. El cultivo de los amigos choca, a menudo, con el egoísmo, la insolidaridad y el individualismo que rodea la vida cotidiana. Comúnmente pensamos más, y amamos más, a ese amigo machadiano que siempre nos acompaña, uno mismo, que a los circundantes. Entregarse lealmente a los amigos es moneda de escasa circulación en la que nuestro nuevo académico es pródigo.

Mención aparte merece otra cualidad de don Bernardo de Ungría y Goiburu: su conversación. A golpes de la prisa hemos llegado a perder el gozo de la conversación, y acaso por ello están en crisis las tertulias. Tengo la convicción, y lo he escrito reiteradamente, que la tertulia es un género literario. Si hubiesen existido artilugios de grabación, piénsese en la delicia de escuchar alguna sesión de aquellas tertulias de “*Pombo*” de “*La Granja del Henar*”, de “*Fornos*”, del “*Café del Prado*”, del “*Teide*” o del viejo “*Café Gijón*”. Se conversa con poco detenimiento y cuidado, porque nos ha vencido la urgencia. Hemos pasado del café a la cafetería, y la tranquilidad que precisa una tertulia, que es, en definitiva, el triunfo reposado de la conversación, ha fenecido, al tiempo que morían los limpia-botas, los servicios del botones o del recado de escribir.

El café implicaba instalación pausada, degustación sedentaria; la cafetería supone consumición de paso, lugar de cita volandera. La conversación tiene un maestro en don Bernardo de Ungría y Goiburu, con brillantes, incisivos e inteligentes quiebros. Podría nuestro nuevo académico haberse colado de rondón, entre Ramón y Tomás Borrás, en aquellas estampas de la tertulia de “*Pombo*” que tan bien retrató el mágico Solana.

De la última cualidad anotada en nuestro compañero, (o penúltima siempre, pues muchas se quedan en el tintero) la generosidad, tiene buen y cumplido conocimiento nuestra Real Academia, que le concedió en su día su primera Medalla de Honor. Don Bernardo de Ungría y Goiburu ha ayudado con estusiamo y desprendimiento a que nuestra Corporación cumpliera sus objetivos culturales y sociales. Siempre ha respondido con su apoyo y su buen juicio a las solicitudes académicas, y nunca han faltado sus consejos y sus experiencias a la hora de programar actividades. Su ingreso como Numerario es un acto de justicia a sus conocimientos en las materias que son propias a los desvelos académicos, y un reconocimiento de su entrega generosa a los objetivos corporativos.

El nuevo compañero procede del mundo empresarial, como ya he dicho, y tal hecho, lejos de apartarle de otras dedicaciones del espíritu, le ha acercado a lo que en la empresa supone corazón y razón de ser: el

hombre y sus valores. El concepto de empresa de don Bernardo de Ungría y Goiburu dista mucho del estereotipo deshumanizador y maquetista –“*el hombre es máquina*”– y entronca con la consideración de la empresa para una realización común. Ello ha llevado a nuestro recipiendario al hermoso y rico laberinto de las curiosidades, a la virtud renacentista de interesarse por todo y por todos.

En su disertación, que hemos escuchado con deleite, don Bernardo de Ungría y Goiburu ha querido ofrecernos un tema de indudable interés, un tema que se enmarca en el inicio de cualquier labor genealógica: "*Deseo, dificultad y posibilidades de acceder a una genealogía familiar*". Es decir: cómo nace, cómo se desarrolla y qué vías puede seguir la pretensión de conocer nuestro pretérito familiar. Cada día se amplía la curiosidad por la genealogía. En un tiempo finalista, el fin de siglo, muchas cosas cambian, muchas modas pasan, pero también alientan otros objetivos, y entre las aficiones que crecen se cuenta la referida a indagar en el pasado para contestar a una pregunta elemental que quienes nos sentimos atraídos por las materias que aúnan el trabajo de nuestra Corporación, nos hicimos alguna vez a la vuelta del camino: "*¿De dónde vengo?*".

De esa pregunta nació en don Bernardo de Ungría y Goiburu, no solo la vía de investigación que le ha llevado a reflexionar su discurso de esta tarde, sino también el conocimiento de su propia genealogía, que

se remonta nada menos que hasta don Carlos de Anjou, rey de Ungría en 1310. Comprendo esta dedicación a la investigación del pasado familiar, la curiosidad por los suyos, porque yo mismo llegué a los trabajos de genealogía, desde el conocimiento de mi estirpe, que referí en su día como tema de mi Discurso de ingreso en nuestra Real Academia. Mirando atrás en la genealogía propia, se enciende la llama de la afición que lleva a indagar con dedicación y celo en otras estirpes.

Nuestro nuevo académico, que ha tratado con fervor y cariño esos pasos, dificultosos a menudo, que conducen al conocimiento del pasado familiar, no ha querido dedicar un capítulo de su discurso, a desvelar ante el auditorio de esta tarde, noticia alguna sobre su propia genealogía. Sin embargo, desde esa apariencia que toda referencia genealógica tiene a lances añejos, a historias extraordinarias, a cuentos de hadas y caballeros andantes, y tomando retazos de cronistas de época e historiadores, en las páginas del linaje de Ungría se encuentran hechos de singular relieve y muy curiosos sucedidos, recogidos y refrendados por Cronistas y Reyes de Armas.

Escribe el historiador Argote de Molina que habiendo enviado la Majestad de Don Enrique III el Doliente de Castilla, a Payo Gómez de Sotomayor y a Fernán Sánchez de Palazuelos por sus Embajadores al Gran Tamerlán, este Príncipe encomendó a los dichos Embajadores castellanos a tres princesas cristianas

que obtuvo en el botín de su victoria contra el Turco. Estas eran hijas del Conde Juan de Grecia y nietas del Rey de Ungría.

De la primera de estas damas, Doña Angelina de Grecia, se enamoró Don Diego González de Contreras, Regidor de Segovia, hasta el punto que casó con ella, según nos da cumplida noticia el Marqués de Lozoya. La segunda dama tomó el nombre de Doña María Gómez y casó con el citado Embajador Don Payo Gómez de Sotomayor. De aquella unión, descienden preclaros linajes de Galicia. La tercera de aquellas cautivas, Doña Catalina de Ungría, que vivió ciento diez años según Lozoya, casó con don Fernán Sánchez de Palazuelos.

De este matrimonio vienen los Ungría castellanos, que pasaron a Aragón, en la persona de Alferez de los Tercios de Flandes y de Italia, Don Alvaro de Ungría y Mercado, huído de Castilla a tierras aragonesas, para protegerse con sus Fueros de la Justicia que le perseguía, por un duelo entre caballeros, donde diera muerte a su contrincante. Sabemos que allí vivió de 1590 a 1610. Su hijo Don Pedro de Ungría, nació en Marracos en 1602, estableciéndose en Erla. De Erla fué Don Agustín Ungría nacido en 1847, fallecido en 1930. Presidente de la Diputación Provincial, Vocal y Contador de la Cámara de Comercio de Madrid, Fundador y primer Presidente del Colegio Oficial de la Propiedad Industrial, Medalla del Trabajo, empresario y funcionario. Su hijo, Don Alfonso de Ungría y Gargallo,

Doctor en Derecho, Licenciado en Filosofía y Letras, Diplomático, intelectual de fecunda pluma, fue el padre de nuestro nuevo académico.

Ha hablado don Bernardo de Ungría y Goiburu de su discurso, como enmarcado en la sencillez; ha querido residenciar en otros compañeros la erudición. Hay que recordar aquella locución latina: "*Natura simplicibus gaudet*" - la naturaleza se complace en las cosas sencillas -, o la afirmación de Cervantes en sus "*Trabajos de Persiles y Segismunda*": "*Tal vez en la llaneza y en la humildad, suelen esconderse los regocijos más aventajados*", o llegarnos al "*Refranero*", catálogo de sabiduría popular, cuando dice: "*Cuanto más grandeza, más llaneza*", para entender el valor de la sencillez. Las cosas llanas a menudo son emparejadas con hechos o dichos de poco valor. Nada menos cierto. En una carta de San Francisco de Sales a Monseñor Fremyot, se anota: "*El supremo artificio es no tener ninguno*". Por eso pienso que don Bernardo de Ungría y Goiburu, pertinaz socarrón y reconocido ingenio de esta Corte, nos ha hecho trampas. El sabe bien que su sencillez proclamada encubre la brillantez de la ironía, y la ironía es hermana inseparable de la inteligencia. Reflexionar sobre cuestiones profundas, desde la sencillez inteligente, es acercarse al supremo artificio de brillantez referido por San Francisco de Sales.

El discurso de don Bernardo de Ungría y Goiburu es una defensa apasionada de la genealogía. Además,

no ha querido el nuevo compañero dejar de animarnos, una vez más, al trabajo académico, al difícil trabajo cotidiano que él ha apoyado con tanta dedicación como generosidad.

Es bueno que hoy tome asiento entre nosotros un hombre de empresa, un capitán de iniciativas enriquecedoras para nuestro país. Otras corporaciones han llamado a su seno con orgullo y honrandose, a aquellas personalidades, emprendedoras y brillantes, capaces de impulsar el trabajo y de dar ejemplo de entrega. Debemos felicitarnos por esta justa elección de la Real Academia de Heráldica y Genealogía.

Coincido con las preocupaciones de nuestro nuevo académico sobre el estudio y el futuro de la genealogía, campo de los saberes, tan maltratado en otros tiempos, a cuyo renacer científico, sin duda, contribuyen los quehaceres y publicaciones de nuestra Corporación. Debemos respetar y ensanchar las posibilidades de la ciencia genealógica sin desestimar ninguna fórmula. Asisto con cierta preocupación, y valga la reflexión en voz alta, a la tendencia manifiesta a despreciar, la que en otro tiempo era una fuente apreciada de la genealogía; me refiero a la tradición oral. En tiempos remotos, sólo por tradición oral podían conservarse y transmitirse a las generaciones posteriores, los hechos históricos, y por tanto genealógicos.

Las genealogías del Génesis no fueron escritas hasta mucho tiempo después. Gracias a la tradición,

de individuo a individuo, pudieron conservarse en la memoria de los pueblos y llegar hasta nosotros. La tradición oral, como fuente genealógica, nunca ha dejado de existir y nunca podrá abandonarse. Nunca confiemos todo al documento escrito. Nada sin el documento escrito, pero siempre sin renunciar a la transmisión oral, a la imaginación, a la poesía de los hombres, que hacen de la genealogía una ciencia próxima, una ciencia humana. Perdónenme los eruditos, a quienes tanto admiro, esta invocación poética, etérea, achacable a mi dedicación literaria y a mi condición de alborozado aprendiz, que siempre encuentra motivo para gozar de los hallazgos de la investigación, de todos aquellos que considera maestros.

Señores Académicos: recibimos hoy entre nosotros a una persona dotada de cualidades extraordinarias, a un hombre activo y emprendedor, cuyos valores redundarán en beneficio de las tareas de la Corporación. Su trayectoria, los servicios que le hicieron merecedor de la primera Medalla de Honor de nuestra Real Academia, suponen una garantía de su futuro hacer.

Amigo y nuevo compañero Bernardo de Ungría y Goiburu, recibe de la Real Academia de Heráldica y Genealogía la seguridad en la importancia de tu colaboración futura en las tareas académicas y nuestra entrañable y sincera bienvenida. He dicho.



El Exmo. Sr. Don Juan Van-Halen y Acedo
en un momento de la lectura de su discurso de ingreso en
la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía,
que tuvo lugar el día 30 de Enero de 1991, en el Salón de
Actos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País,
en la Torre de los Lujanes de Madrid, bajo la presidencia
de S.A.R. Don Carlos de Borbón-Dos Silicias,
Duque de Calabria.



El nuevo Académico, Don Bernardo de Ungría,
junto al Senador Don Juan Van-Halen,
y Don José María de Montells, en el acto de ingreso del
Académico Don Jaime Salazar, el 21 de Mayo de 1991.
Contesta a su discurso el Conde de los Acevedos.

INDICE

	Página
Escudo de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía	3
Foto del Autor	9
Preámbulo	13
Discurso del Ilmo. Sr. Don Bernardo de Ungría y Goiburu	17
Escudos evolucionados de la casa de Ungría	37
Arbol Genealógico de la Casa de Ungría	45
Contestación del Exmo. Sr. Don Juan Van-Halen	47
Foto del citado Académico, que contestó al discurso	49
Fotografías de actos académicos	61
Indice	65

